

1. Literaturas ibéricas: historia y crítica

Wolfram Aichinger/Simon Kroll: *Laute Geheimnisse. Calderón de la Barca und die Chiffren des Barock*. Wien: Turia + Kant 2011, 343 páginas.

Este volumen es el testimonio de un intento que conjuga la enseñanza universitaria –el Sr. Aichinger es docente en la Universidad de Viena– con la puesta en escena de la comedia *El secreto a voces* de Calderón de la Barca. Desde esta pieza se analizan la naturaleza y las dimensiones del secreto en el Barroco, en particular, y su interpretación como elemento constitutivo de las relaciones humanas en general. El volumen consta de trece ensayos agrupados en cuatro partes, con una introducción general y conclusiones.

En la primera parte los textos giran en torno a “*El secreto a voces* de Calderón”. Aquí, Natascha Leitner se restringe a presentar el contenido de las tres jornadas de la comedia enfatizando los pasajes donde aparecen secretos, tales como la llegada secreta de un duque, el amor secreto de un secretario, la pasión secreta de una duquesa o la comunicación secreta entre amantes (pp. 23-30). Por su parte, Wolfram Aichinger problematiza el motivo del secreto y su explotación por parte de Calderón, su función en la corte, su rol en la comunicación teatral y la constante oscilación entre un secreto y su revelación, que no tiene por qué ser considerada como una pareja de opuestos en la dramaturgia calderoniana (pp. 31-68). De los signos secretos y los riesgos de su interpretación a partir de las historias contadas por el gracioso de la comedia se ocupa Simon Kroll (pp. 69-84).

La segunda parte, dedicada a “*El secreto a voces* en el escenario”, se abre con una interesante contribución de Katharina

Mühl donde se analiza la música en la comedia a partir de una escenificación vienesa de 1671, una época de particular importancia para la recepción de Calderón en la corte del Habsburgo Leopoldo I, hijo y esposo de españolas (pp. 87-112). Desde una perspectiva comparatista, Judith Hoffmann trata de la presencia de la comedia en la corte vienesa, en Italia, Alemania y Francia en las variaciones de Gozzi, Blum, Cicognini, Bayard y Sauvage (pp. 113-133). De otro lado, Mercedes Vargas da cuenta de la puesta en escena de la pieza el año 2010, ofreciendo una crónica de su realización y teatralidad: iluminación, movimiento y musicalidad (pp. 135-155). Esta sección es de interés para la historia de la puesta en escena de la comedia.

El contenido de los trabajos de la tercera parte deja de lado la comedia que da título al volumen y se pasa a tratar “Las comedias de secretos e intrigas”. Aquí, Rosalind Willi, partiendo de la noción de *public secrets* de Michael Taussing, se ocupa de otras piezas calderonianas donde también se tematiza el secreto, como en *Nadie fie su secreto*, *Amigo, amante y leal* y *Basta callar*, que finalmente son obras sobre secretos en las relaciones humanas, sea de lealtad o sea de amor y amistad (pp. 159-193). Maria Engel se dedica al engaño y al doblez en el Siglo de Oro a partir de personajes femeninos como Laura, Flérida, Ángela, Juana y Leonarda en Calderón, Lope y Tirso planteando la pregunta por la intriga como arma exclusivamente femenina y por el motivo que conduce a las mujeres a instrumentalizarla (pp. 195-219).

El tema de la cuarta parte es “La cultura barroca del ocultamiento”. Aquí aparecen nuevamente tres trabajos de Aichinger, los cuales se dedican a los portadores de

secretos como confesores, secretarios y agentes y a su presencia en el teatro (pp. 223-252), a la función del secreto en las relaciones de poder en la corte (pp. 253-263) y al amor cortesano y los secretos en la vida de Calderón (pp. 265-283). También se incluye otro aporte de Kroll, valioso por su trabajo de archivo, dedicado a la descripción de un manuscrito inédito de Tomás Tamayo de Vargas, titulado *Cifra, contracifra* (año 1612) y custodiado por la Biblioteca Nacional de Madrid. En él la noción de cifra se refiere a un modo de comunicación escrita en clave (pp. 285-304). El último trabajo, de Nina Linkel, pasa revista a las interpretaciones que de un lado Deleuze y Guattari y de otro Foucault han propuesto para *Las Meninas* de Velásquez. Para ellos, en el cuadro se representa un secreto que deja captar lo que a primera vista resulta imperceptible (pp. 305-319). En esta sección se echa de menos otros motivos, como el claroscuro o el trampantojo en la dramaturgia calderoniana, que bien pueden articularse con la noción de secreto.

Inusualmente, el volumen contiene catorce páginas de conclusiones firmadas colectivamente (pp. 321-335). En ellas, partiendo de *El secreto a voces*, se da cuenta de las diversas esferas en las que el secreto ha sido considerado, a saber, el secreto como fenómeno cultural, como codificación en la política, la diplomacia y la milicia, como dimensión obligada del poder, de la escenificación cortesana y del amor, como portadores de profundas verdades. Asimismo, se interpreta el Barroco como inmerso en una tensión entre encubrimientos y revelaciones, un rasgo que también es distintivo de la cultura humana. Por lo demás, el libro contiene un índice (pp. 5-6), un registro de autores (pp. 337-338), no señalado en el índice, y un registro de personas (pp. 339-341). Todos los ensayos, incluso las conclusiones,

están provistos de una bibliografía cuyos títulos no reflejan el estado actual de la cuestión en los estudios calderonianos.

Finalmente, hay que señalar que el volumen se compone de contribuciones muy heterogéneas de mayor atracción para los interesados en los estudios culturales que para la filología calderoniana y, por las circunstancias en las que la obra surge, a saber, la inusual publicación de trabajos estudiantiles armonizados con una experiencia teatral, cabe esperar que sirva, especialmente para sus jóvenes investigadores, de estímulo para continuar y profundizar en los temas en ella abordados, pues la comedia *El secreto a voces* de Calderón, que da título y define el itinerario del volumen, solamente es un pretexto para desarrollar temas muy disímiles que, aunque articulados por la noción de secreto, van desde el comentario de texto, pasando por la historia de la escenificación, hasta una gama muy amplia de temas como secretos en el Barroco, en la cultura y en la sociedad.

Eduardo Muratta Bunsen
(Freie Universität Berlin)

María Soledad Arredondo: *Literatura y propaganda en tiempo de Quevedo: Guerras y plumas contra Francia, Cataluña y Portugal*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert (Biblioteca Áurea Hispánica, 67) 2011. 380 páginas.

En un momento especialmente interesante de su libro, María Soledad Arredondo afirma: “la propaganda del siglo XVII es hoy una cuestión interdisciplinar que interesa a la literatura, la historia, la sociología, el periodismo y la política, y existen ya estudios que van completando lo que era un vacío crítico sobre este tipo de obras”

(p. 74). Esta monografía ayuda en gran medida a cubrir este espacio llamativamente desierto. Con este fin, María Soledad Arredondo navega entre las aguas de la investigación filológica e histórica para diseccionar una serie de escritos que hasta ahora no habían sido historiografiados en su conjunto. Puesto que trata un momento en el que las guerras, tanto de plumas como de espadas, tienen una presencia constante en el devenir del momento, la autora limita la cronología y el corpus de textos que se manejan a tres conflictos. En concreto, se centra en los textos presentes en las guerras de la Corona con Francia, Cataluña y Portugal, que marcarían el devenir político de la España imperial de las décadas de los treinta y cuarenta. No se trata, pues, el problema holandés, lo que deja fuera textos como el quevediano *El Chitón de las Tarabillas*, donde refleja la pérdida de los sitios de la Wesel Hanseática (ahora en Alemania) y de 's-Hertogenbosch (Bois-le-duc) en 1629. No obstante, en algunas ocasiones, se tratará el mismo problema como, por ejemplo, cuando se analiza *Locuras de Europa* de Diego de Saavedra Fajardo (p. 343).

Entres estas páginas, Arredondo presenta un profundo e interesante análisis de obras de Quevedo –cuya producción sirve de pivote al conjunto de los capítulos– como la *Carta al serenísimo, muy alto y muy poderoso Luis XIII, rey cristianísimo de Francia* (texto que la autora ha editado en la colección de la obra en prosa completa dirigida por Alfonso Rey [Madrid: Castalia, 2002 en adelante]), *La rebelión de Barcelona no es por el güevo ni es por el fuero* o la *Respuesta al manifiesto del Duque de Berganza*. En este grupo de autores que sirven como nexo de unión entre los tres conflictos abiertos aparecen autores literarios como Pellicer y Tovar en su respuesta a la declaración de guerra en Francia (*Defensa de España contra las calum-*

nias de Francia), de Cataluña (la *Idea del Principado de Cataluña*) y de Portugal (*Sucesión de los reinos de Portugal y el del Algarve*), diplomáticos como Diego de Saavedra Fajardo (*Memorial enviado al rey cristianísimo por uno de sus más fieles vasallos*, los *Suspiros de Francia* y la *Corona gótica castellana y austriaca*) y políticos, como Juan Adam de la Parra (*Conspiratio heretico-christianissima* sobre el conflicto francés, *Súplica de muy noble y leal ciudad de Tortosa* sobre el catalán y *Apologético contra el tirano Berganza* sobre la secesión portuguesa). Además, aparecen en estas páginas Pedro Calderón o Francisco de Rioja, entre otros. La nómina de autores es extensa, sus obras son importantes como documentos de una época conflictiva y son, en algunos casos, verdaderos monumentos literarios, siquiera de circunstancias. Muchos de ellos representan diáfananamente el uso de las primeras (o segundas) plumas del Parnaso, el campo literario que diría Pierre Bourdieu, con respecto al campo de poder, que diría también el sociólogo.

La introducción presenta una panorámica de los textos y la situación de los mismos dentro del corpus de sus autores. El capítulo I “Tiempo de libelos y campañas de imagen” (pp. 31-70) inserta las obras dentro de las grandes campañas culturales de promoción de una visión política determinada que procuraban responder a las campañas expuestas desde el otro bando y cohesionar un frente común en el que involucrar a “los reinos periféricos porque desconfiaban del proyecto de la unión de armas, que les forzaba a contribuir con hombres y dinero en las guerras que consideraban sólo de Castilla” (p. 37). Muestra Arredondo, con un análisis crítico incontestable, cómo los conflictos están imbricados de modo que “si la guerra de 1635 se explica como una etapa de la de los Treinta Años, la rebelión de Ca-

taluña se inscribe en el contexto anterior, y la revuelta de diciembre en Portugal aprovecha la catalana” (p. 41). El capítulo II, “La propaganda o literatura de combate en 1635 y 1640” (pp. 71-121), se abre con una serie de precisiones terminológicas sobre los conceptos más comunes a tratar: “propaganda”, inexistente en el momento pero relacionado con el verbo “propalar”, que sí usan nuestros autores; “panfleto”, que no existe en el momento, pero cuya función cumple de sobras el género de la “polemica”, etc. (pp. 71-74). Ante la urgencia de la terminología, el libro de Arredondo intenta siempre mostrar el equivalente histórico a una conceptualización que podría pecar de contemporaneista y que, sin embargo, resulta fundamental para entender el corpus de textos a tratar, lo que es de agradecer. Arredondo utiliza el concepto “literatura de combate”, que son “piezas breves que nacen en los albores de la prensa europea y que desempeñan las funciones de nuestras actuales campañas de comunicación” (p. 75), lo que ejemplifica en la *Respuesta al manifiesto del Duque de Berganza* y *La rebelión de Barcelona no es por el fuero ni es por el güevo* de Quevedo. Tras esto, Arredondo analiza en concreto las siguientes temáticas: la necesidad de la guerra por encima de la paz (pp. 85-92), la comparación del rey Felipe IV con Luis XIII y con Juan IV (pp. 92-96) y la defensa de la religión (97-109), a lo que siguen capítulos sobre la tónica (p. ej., el “cuerpo político” [p. 114]) y las técnicas literarias (la hipérbolo, la sinécdoque), etc. Estos dos primeros capítulos son de mayor carácter teórico e introductorio. El capítulo final, el III, “La guerra de papel”, desarrolla en sí la disputa e interrelación entre unos textos y otros y su finalidad (pp. 123-355). La autora agrupa los textos por conflicto y, dentro de éste, cronológicamente, lo que le permite esclarecer asuntos como la

genealogía de unos y otros y su autoría. Así, comienza con la declaración de guerra de 1635 y los textos que la tratan: la *Carta al serenísimo, muy alto y muy poderoso Luis XIII, rey cristianísimo de Francia* de Quevedo, la *Defensa de España* de Pellicer y el *Memorial enviado al rey cristianísimo por uno de sus más fieles vasallos* de Saavedra Fajardo. En segundo lugar, se acerca a las obras sobre el sitio de Fuenterrabía (1638), como el *Panegirico al excelentísimo señor almirante de Castilla* de Calderón de la Barca y *La sombra del Mos de la Forza se aparece a Gustavo Hom* de atribución quevediana. En tercer lugar, se diseccionan las rebeliones de Cataluña y Portugal en 1640, que la autora divide en una serie de andanadas de respuesta. En un primer momento se tratan la *Proclamación católica* de Pellicer y otros testimonios de hasta 1642, como la *Súplica de la muy noble y leal ciudad de Tortosa* de Juan Adam de la Perra (atr.), la otrora anónima *Conclusión defendida por un soldado del campo de Tarragona* (ahora atribuida a Calderón), el *Aristarco o censura de la proclamación católica* de Francisco de Rioja, la *Rebelión de Barcelona...* de Quevedo y la *Idea del principado...* de Pellicer. En un segundo momento resulta la rebelión de Portugal, lo que provoca la confección de los panfletos la *Sucesión de los Reinos de Portugal y el Algarve* de Pellicer, la *Respuesta al manifiesto del Duque de Berganza* de Quevedo y el *Apologético contra el tirano y rebelde Berganza...* de Juan Adam de la Parra. Una sección final agrupa los textos de Saavedra Fajardo de 1641 a 1643: los *Suspiros de Francia* y las *Locuras de Europa*. Estos textos resultan de especial interés para trazar el desarrollo y el fin de las hostilidades, pues en ellos encontramos “la recomendación sincera del diplomático [...] y el mensaje pacífico, pero interesado, del propagandista” (p. 321). De este

modo, estas dos obras sirven de conclusión al trazado preciso y minucioso de la guerra de Arredondo, pues contrastan con la belicosidad del resto de los textos de guerra de papel y presentan una visión moderada (que no buenista) del conflicto.

En breve, el libro de María Soledad Arredondo es una muy bienvenida aportación a los estudios sobre propaganda y literatura en el Siglo de Oro y, además, al corpus crítico de autores como Quevedo, Saavedra, Pellicer o Calderón y, por ende, a la historia cultural y literaria española. Nos encontramos ante un estudio que combina el rigor positivista (no deja ningún texto relevante por tratar) con la originalidad del enfoque, pues usa una perspectiva multidisciplinar para iluminar un conjunto de estudios cuyo tratamiento desde el punto de vista de la historia de la literatura ha sido muy menor. Este tipo de acercamientos son especialmente fructíferos con respecto a la obra de un Quevedo, de un Gracián, de un Saavedra Fajardo o de un Adam de la Parra, cuyos textos oscilan de manera natural entre los distintos géneros prosísticos del XVII. Quizá sea de interés acercarnos a ellos con los ojos de un contemporáneo que no distingue necesariamente entre lo literario y lo histórico, entre el monumento y el documento. El libro de Arredondo nos invita a ello.

Julio Vélez Sainz

(Universidad Complutense de Madrid)

Alfredo J. Sosa-Velasco: *Médicos escritores en España, 1885-1955. Santiago Ramón y Cajal, Pío Baroja, Gregorio Marañón y Antonio Vallejo Nágera.* Woodbridge: Tamesis 2010. 219 páginas.

Este singular y novedoso libro de Alfredo J. Sosa-Velasco investiga las repre-

sentaciones metafóricas de la enfermedad en obras literarias de médicos escritores en España desde 1885 hasta 1955. Es decir, trata de la relación entre literatura y ciencia, más concretamente entre literatura y medicina, una influencia mutua poco trabajada en el ámbito español de esta época.

Como médicos escritores el autor entiende a “aquellos escritores que no sólo estudiaron o practicaron medicina, sino que también se dedicaron a escribir y participar activamente en la política española, usando teorías científicas para construir discursos raciales, sexuales y patológicos sobre la identidad nacional en sus escritos” (p. 2). Se pregunta, sobre todo, ¿cómo representan los médicos la nación mediante las metáforas de la enfermedad? Y, ¿qué tipo de nación y de proyecto político se encuentran en este discurso?

Para su análisis se dedica a estudiar cuatro médicos escritores en concreto: Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), Pío Baroja (1872-1956), Gregorio Marañón (1887-1960) y Antonio Vallejo-Nágera (1888-1960). Sin entrar aquí en detalles de las obras tratadas, tan diferentes como cuentos, relatos autobiográficos o novelas, todas reflejan el devenir del discurso médico en discurso político. Las obras son proyectos políticos para la nación española.

Mediante la medicina, la metáfora del cuerpo enfermo, estos autores definen políticas nacionales. Por ejemplo, todos ellos recomiendan la construcción de la nación española a partir de la defensa de un nacionalismo hispano, sin tener en cuenta las particularidades de las nacionalidades históricas. Y todos confían en el poder de las élites científicas e intelectuales para llevar el país hacia el progreso (véanse pp. 184 s.).

El autor concluye su estudio indicando que la interpretación de estos textos no

se puede hacer de una manera abstracta y que es necesario verlos en diálogo con otras fuentes. Advierte de que quedan por explorar muchos textos literarios de los médicos aquí estudiados y que no hay que olvidar a las escritoras médicas. Afirma Sosa-Velasco que su investigación puede servir como ejemplo para futuros estudios sobre la relación entre literatura y medicina. Esperamos que esta afirmación encuentre su eco, dado que el diálogo entre ambas disciplinas puede dar resultados interdisciplinarios muy importantes.

Queda por destacar que el autor se acerca a los textos desde muchas perspectivas, teniendo en consideración teorías tan diferentes como el psicoanálisis, las teorías poscoloniales, así como de género y *queer*. Resulta de gran utilidad el índice final y atrae la atención la clara estructura del libro.

Resumiendo: es una obra muy recomendable e interesante, tanto para médicos como para literatos, tanto para conocedores del tema como para el lector en general.

Anne Wigger
(Madrid)

Ursula Trappe: *Kriegsmythen. Politische Mythen in Propaganda und Romanen der Aufständischen im spanischen Bürgerkrieg*. Frankfurt/M.: Vervuert (Editionen der Iberoamericana, A, 53) 2011. 471 páginas.

La mitología de la guerra ha vuelto a ponerse de moda desde que se nos promete que el impacto de la “Dicke Berta” (el gigantesco cañón de la Primera Guerra Mundial, hoy el ‘cañón’ de Bruselas que lanza infinitas sumas de dinero) sería capaz de conjurar los peligros de la ‘cri-

sis’. Hace ya tiempo que ciertos mitos o metáforas mitológicas se usan preferentemente en aquellas ocasiones en las que crueldades han de disfrazarse de obras de beneficencia. Parece casi como si el mito, después de haber perdido, ante el triunfo de las ciencias empíricas, el privilegio de explicar el mundo, se vengara ahora, desde los recovecos del subconsciente colectivo donde se encuentra postergado, ofreciéndose como arma manipuladora en la legitimación de poderes perniciosos. En *Mein Kampf* de Adolf Hitler y en *Der Mythos des 20. Jahrhunderts* de Alfred Rosenberg se utiliza el mito —en este caso el de la raza— incluso para justificar la ‘limpieza étnica’, que es considerada como la ‘medicina’ capaz de salvar el cuerpo de la nación amenazada por los ‘parásitos’ que le contagian sus enfermedades. Finalmente, Bush II, por un lado, y yihadistas por el otro, propagaron el mito de que el mundo se divide entre ‘buenos’ y ‘malos’ y que es deber de los ‘buenos’ extinguir a los ‘malos’ de una vez para siempre.

No cabe duda de que los mitos de los vencedores de la Guerra Civil española forman parte de ese maniqueísmo moderno. Naturalmente, no es la primera vez que despiertan el interés de investigadores alemanes, como lo demuestran los estudios ya clásicos de Regine Schmolling y de Mechthild Albert, y también los más recientes de Sören Brinkmann. Ursula Trappe, en su concienzuda y bien documentada disertación, comienza con un resumen del estado de la investigación y con la presentación de las fuentes de las que se sirve su propio trabajo: por un lado escritos y discursos de propaganda política, y por el otro, tres novelas que, según el parecer de la autora, han contribuido de manera significativa a la justificación del ‘alzamiento’, de la propia Guerra Civil y de una posguerra ‘pacificadora’. Estas novelas son *Retaguardia* (1937) de Concha

Espina, *Madrid, de corte a cheka* (1938) de Agustín de Foxá y *Eugenio o proclamación de la primavera* (1938) de Rafael García Serrano.

En el segundo capítulo, por cierto muy informativo, se recapitulan las distintas teorías sobre el mito que, desde la clásica definición de que es una narración sobre el origen del universo y sobre la relación entre dios(es) y seres humanos, han ido diferenciándose y fragmentándose hasta el punto de que los límites entre mito e ideología, propaganda, metafórica, simbología, alegoría y leyenda, incluso la “mitología de lo cotidiano” y del comercio (Roland Barthes) son cada vez más difusas.

El tercer capítulo dirige la atención del lector hacia aquellos mitos que en España sirvieron para legitimar el ‘alzamiento nacional’. Tarea urgente entonces, ya que la rebelión de los generales se dirigía contra un gobierno que, en las urnas, había logrado la mayoría de los votos y que podía, por lo menos al principio, contar con el apoyo del ejército regular.

Precisamente esos mitos de la ‘rebelión’ se van presentando a lo largo del capítulo 4 que, con más de 150 páginas, es el más extenso y también el más importante del libro. En su centro está la propaganda política que se debe a los mismos protagonistas del ‘movimiento’: escritos y discursos de José Antonio Primo de Rivera, del ‘caudillo’ Franco, de los generales Queipo de Llano y Millán Astray, del “cuñadísimo” Ramón Serrano Suñer y de muchos más, incluyendo a intelectuales como Ernesto Giménez Caballero.

Lo interesante en este capítulo es la manera en la que Ursula Trappe ordena el material según la estrategia legitimadora que persiguen los sublevados. La atención de la autora no se centra en textos o comportamientos de individuos concretos, sino en el conjunto o *sistema* de los elementos discursivos que forman el mito del

‘alzamiento’. Es verdad que, visto como sistema, el mito parece más coherente de lo que era en realidad, una realidad marcada también por disensos, contradicciones y disfunciones. Precisamente por ello es importante no perder de vista los textos literarios (que se analizan en el capítulo siguiente), ya que la literatura, incluso la altamente ideologizada, no puede prescindir de algún elemento ‘contradictorio’.

Volviendo al capítulo 4 vemos que la autora distingue tres clases de mitos legitimadores: en primer lugar los mitos de exclusión y de inclusión. Los de exclusión rechazan las ‘perniciosas’ influencias que vienen de fuera: la democracia, la Ilustración, la masonería, el comunismo ateo. Los de inclusión sirven sobre todo para conjurar el pasado imperial y católico como base que ‘unifica’ los sentimientos de todos los españoles.

En segundo lugar se estudian los mitos que justifican la sublevación y la guerra como operación quirúrgica para salvar el cuerpo enfermo de la nación. Estado, Iglesia y ejército sublevado forman una alianza sacra que hace de la guerra una cruzada; de las víctimas, mártires y del ‘caudillo’, un nuevo Salvador. Un papel especial dentro de este mito guerrero lo desempeña el Alcázar de Toledo como *lieu de mémoire* en el que confluyen todas las corrientes del culto a la muerte y al sacrificio.

En tercer lugar se consideran los mitos fundadores del nuevo orden que ha de reinar ‘después’. En estos mitos aparece la guerra, a la manera del *newspeak* orwelliano, como la garantía de una paz venidera y duradera y de un futuro de plenitud. Al estudiar las fantasías de esplendor, que en España, a falta del nefasto concepto del *Herrenmenschentum*, quedaron bastante vagas, hubiera sido interesante un vistazo comparativo a la mitología nazi, donde, por ejemplo, en las maquetas de la nueva capital, “Germania” (la ‘antigua’ Berlín),

se puede apreciar concretamente lo que hubiera podido ser la realización de tal ‘esplendor’: un habitat inhumano por su propia megalomanía. Y, ¿qué decir de la mitología y de la propaganda de los republicanos que, a veces, no se distingue mucho de la de los sublevados aunque, y sobre todo en lo que toca el futuro, defiende valores radicalmente opuestos?

Después de un corto resumen de los mitos propagandísticos (capítulo 5), se dedica la autora a las ya mencionadas novelas. Lo hace en tres capítulos (6 a 8) que, con un conjunto de 130 páginas, ocupan, sin embargo, menos espacio que el capítulo 4. Hay, pues, cierta desproporción entre la parte ‘propagandística’ y la parte ‘literaria’. Vuelve a aplicarse la misma clasificación de los mitos que ya se había usado en la parte anterior. Esto está completamente justificado en cuanto se considera a los textos literarios como parte del ‘sistema’ ideológico/mitológico. Sin embargo, al hacerlo de esta manera, es inevitable caer en cierta redundancia. Pero, por otro lado, es posible, con la ayuda de los textos literarios, dar una impresión de las incoherencias en el ideario nacionalista. Mientras que la novela de Concha Espina parece coincidir plenamente con la propaganda oficial, ofrecen las de Serrano y Foxá cierta resistencia a ser integradas del todo. Particularmente Foxá tiene una clara tendencia a la desmitificación.

Precisamente por ello, y porque Foxá critica también a los nacionalistas y sobre todo a los católicos beligerantes, se lee su novela aún hoy como un testimonio imprescindible de una época en la que había más de *un* frente.

Hans-Jörg Neuschäfer
(Universität des Saarlandes)

So wird der Krieg von ihm deutlich als das benannt, was er wirklich ist: als Bürgerkrieg und explizit als Krieg gegen den Nachbarn (...). Dies erscheint entmythisierend und steht im Kontrast zur Verklärung des Kriegs als nationales Anliegen (...) und auch zu jenen mythischen Bildern einer Jagd auf Tiere bzw. der Austreibung von Dämonen, wie sie sich in der politischen Propaganda fanden und wie sie an anderer Stelle im Roman auch von Foxá integriert wurde (p. 404).